

Catálogo razonado de voces. Escritoras cubanas desde la diáspora

Jesús J. Barquet

Profesor. Universidad Estatal de Nuevo México, Estados Unidos.

*¿Dónde están esos rostros, esos brazos,
dónde están que en mí misma los confundo?*

Carilda Oliver Labra

El objetivo de este trabajo es ofrecer un panorama general de la producción literaria realizada por las escritoras cubanas que, por una u otra razón, salieron del país en diferentes épocas a partir del triunfo revolucionario de 1959, y que, desde su salida, residen (o residieron, en el caso de las ya fallecidas †) permanentemente fuera de la Isla.¹ Incluiremos también en este panorama a las autoras que, mayormente por decisión de sus padres, abandonaron la Isla cuando eran niñas o adolescentes y a las nacidas desde 1959 en el exterior, pero de ascendencia cubana por parte de padre y/o madre. En los Estados Unidos, muchas autoras de estos dos últimos grupos han preferido denominarse cubano-americanas. Los centros de mayor

concentración de estas escritoras han sido, como corresponde a la propia emigración o exilio a que pertenecen, las ciudades de Miami, México, San Juan, Madrid, París y el área extendida de Nueva York, pero se las puede encontrar también en países tan distantes entre sí como Suiza, Rusia, Canadá, República de Sudáfrica, Brasil, Venezuela y Chile, y en la mayoría de los estados de la llamada Unión Americana (Florida, California, Arizona, Nuevo México, Colorado, Texas, Illinois, Michigan, Nueva Jersey, Nueva York, etc.). Se incluyen, pues, en este trabajo, desde autoras pertenecientes a las primeras promociones de la República, hasta las de las últimas décadas del siglo xx: desde María Sánchez de Fuentes (nacida en 1879), Lydia Cabrera (en 1899) y Mercedes García Tudurí (en 1904), hasta Daniuska González y Damaris Calderón (ambas en 1967), así como Verónica Pérez Kónina (en 1968).

No resulta fácil resumir con justicia, en unas escasas cuartillas, esta realidad humana tan variada y rica literariamente, como cuantiosa y dispersa en el espacio y en el tiempo. Pretender hacer una síntesis totalizadora de esta vasta producción, así como proponer una inflexible axiología para su estudio, es tarea hoy día

Una versión resumida de este trabajo fue presentada por el autor, en ausencia, en forma de videoconferencia, en el Tercer Coloquio «En el jardín...», sobre Dulce María Loynaz, celebrado en el Instituto de Literatura y Lingüística de La Habana, el 23 de diciembre de 2000.

prácticamente imposible. Solo me es dado presentar aquí, en una suerte de «catálogo razonado», sus manifestaciones y logros en los diferentes géneros literarios y registrar —confiando en que mi memoria o desconocimiento no me traicionen— sus numerosas «voces», con la esperanza de que el conocimiento de ellas pueda ser de alguna utilidad en los actuales y futuros estudios de rescate e integración de toda la literatura cubana contemporánea, más allá de fronteras o limitaciones geográficas, generacionales, ideológicas o, incluso, lingüísticas.

Ante todo, creo pertinente señalar que el papel de la emigrante cubana posterior a 1959 ha sido importantísimo en lo referente, entre otras cosas, a la conservación y supervivencia económica de la familia, una vez fuera de la Isla. Recordemos que, sobre todo en determinados períodos (1966-1973), han sido las mujeres quienes, dejando atrás a sus esposos —impedidos de salir del país por una u otra causa— se han aventurado a la emigración llevando consigo hijos y, a veces, padres mayores. Al llegar al nuevo país, generalmente sin dinero —y en los años 60 muchas veces sin previa experiencia laboral ni comunidad organizada que las apoyara— estas cubanas (olvídense ahora la particular clase o grupo social a los que pertenecían en la Isla), convertidas de pronto en único jefe de familia, con quizás solo una mínima ayuda provisional del gobierno extranjero o de alguna entidad caritativa o religiosa, se han puesto a trabajar inmediatamente dondequiera que hallan empleo, para ganar así su sustento y el de sus familias, mientras se mantienen luchando, en diferentes espacios sociales, por la reunificación con sus esposos y restantes familiares. Y como si esto no fuera ya trabajo suficiente para todo aquel que comienza a vivir en tierra, cultura y —en la mayoría de los casos— lengua extranjeras, las emigrantes cubanas han tenido que preocuparse, además, por garantizar la educación de sus hijos, cuidar de los más viejos y, en lo que aquí nos interesa, escribir un poema, un trabajo académico o periodístico (en aquellas que se afilian laboralmente a la academia o al periodismo) y hasta una novela. Sin embargo, haber asumido alguna vez el papel de jefe de familia no las ha librado totalmente de la condición patriarcal propia de la sociedad cubana anterior, y aún posterior a 1959, dentro y fuera de la Isla, según lo han explicado satisfactoriamente en sus ensayos Ileana Fuentes Pérez, Madeline Cámara y Uva de Aragón (Clavijo), entre otras.

Insinué ya, en el párrafo anterior, cierta praxis literaria que, de alguna forma, constituye un resultado de las dificultades cotidianas y las obligaciones laborales de la vida en el exterior: desde 1959 hasta la fecha, la literatura de las mujeres fuera de la Isla —tanto en los

Estados Unidos como en otros países— se ha manifestado principalmente en los géneros de poesía, trabajo académico, periodismo y ensayo. Esto no significa que los otros géneros literarios no estén suficiente y dignamente representados, como mostraré en el presente trabajo. Tampoco resulta raro que, por vocación, pero también por moverse laboralmente dentro de la academia y el periodismo, una misma autora practique los más diversos géneros literarios; de ahí que su nombre aparezca registrado en más de un acápite. Si bien muchas de estas autoras comenzaron a darse a conocer en la Isla, antes o después de 1959, registraré, fundamentalmente, la parte de su obra publicada que corresponde al exilio o a la emigración; es decir, a lo que de forma general llamaré la diáspora.²

Poesía

La poesía, el género más cultivado —también entre los hombres—, cuenta con figuras de casi todas las promociones del siglo xx. Muchas poetisas publicaron la primera parte de su obra en la Isla: como ejemplos basten María Sánchez de Fuentes (†), Mercedes García Tudurí (†), Pura del Prado (†), Ángeles Cañías Ponzoa, Rita Geada, Belkis Cuza Malé, Isel Rivero, Mercedes Cortázar, María Elena Cruz Varela, Minerva Salado, Zoe Valdés, Elena Tamargo, Damaris Calderón y Odette Alonso Yodú. Otras comenzaron a publicar una vez fuera de Cuba: Amelia del Castillo, Juana Rosa Pita, Arminda Valdés Ginebra, Eliana Onetti y Carlota Caulfield.

Una lista mayor de las poetisas cubanas debe incluir voces tales como Conchita Utrera, Clara Niggemann, Ana Hilda González de Raggi, Adela Jaume García, Anita Arroyo (†), Rosa M. Cabrera, Ana Rosa Núñez (†), Raquel Fundora de Rodríguez Aragón, Lidia Alfonso de Fonteboa, Francis González Vélez, Inés del Castillo, María Josefa Ramírez, Nieves del Rosario Márquez, Benita Barroso, Gladys Zaldívar, Eliana Rivero, Nivaria Tejera, Olga Rosado, Lourdes Gómez Franca, Silvia Eugenia Odio, Uva de Aragón, Edith Llerena, Mireya Robles, Estela García Cabrera, Carmen M. Valladares, Isabel Parera, Noemí Losa, Laura Ymayo Tartakoff, Teresa María Rojas, Ana Alomá Velilla, Lilliam Moro, Dolores Prida, Martha Padilla, Mercedes Limón, Elena Clavijo Pérez, Esperanza Rubido, Ruth Behar, Alina Hernández, Lilliam D. Bertot, Carolina Hospital, Aleida Rodríguez, Silvia Curbelo, Daina Chaviano, Sandra Castillo, María Elena Blanco, Maricel Mayor Marsán, Nilda Cepero, Claribel Terré Morell, Mercy Arés, Norma Jiménez Padrón, Rita Martín, Daniuska González y Mariana Torres.

Especial mención merecen aquí Pura del Prado (†), por su amplia obra, en buena parte heredera del negrismo, y emblemática del primer exilio cubano de los años 60 y los 70, y Lourdes Casal (†), emblemática también, pero de una nueva sensibilidad cubano-americana que comienza a expresarse literariamente, tanto en español como en inglés, o en curiosa mezcla de ambas lenguas, a fines de los años 70 y principios de los 80. De especial interés son cinco poetisas del área de Nueva York que, sin ningún tipo de manifiesto o arte poética explícitamente compartida, conforman desde fines de los años 70 un grupo relativamente homogéneo, que ha llamado la atención de la crítica y aparece representado en la antología bilingüe *Poetas cubanas en Nueva York / Cuban Women Poets in New York* (1991); ellas son Maya Islas, Alina Galliano, Iraida Iturralde, Lourdes Gil y, desde la segunda mitad de los 80, Magali Alabau.

Así como estudiamos hoy día el romancero y los cancioneros medievales y renacentistas españoles como parte de la tradición poética hispánica, y ciertos críticos actuales —Guillermo Rodríguez Rivera, Jorge Luis Arcos— consideran la obra de Silvio Rodríguez y Pablo Milanés (a quienes habría que sumar los nombres de Teresita Fernández, Noel Nicola y Carlos Varela, dentro de la Isla) como parte de la mejor poesía cubana posterior a 1959, quisiera registrar aquí a dos valiosas cantautoras de la emigración: Albita Rodríguez y Marisela Verena.

Trabajo académico

Uno de los géneros tradicionalmente olvidados por las historias de la literatura, es el ensayo de corte académico sobre temas literarios o culturales en general. Este se viene practicando fructíferamente en la emigración, por parte de hombres y mujeres, ya desde los años 60. Para aquellas cubanas asociadas laboralmente a instituciones docentes o bibliotecas, tal labor académica ha constituido parte de su trabajo; otras, sin embargo, han desarrollado su labor crítica totalmente independiente de la academia. Movidas por su origen cubano e interés personal, la mayoría se ha dedicado casi exclusivamente al estudio —entendido aquí como rescate, registro e interpretación— de la cultura cubana y, en no pocas ocasiones, sin prejuicio alguno contra lo producido dentro de la Isla después de 1959. Esta fidelidad esencial a la cultura cubana las ha ayudado, en mucho, a sobrellevar, en unas, la crisis de identidad y, en la inmensa mayoría, el desarraigo ocasionado por la emigración y la ausencia física de la Isla. Podría rastreadse aquí, entonces, la huella que tiñe, de forma peculiar, buena parte de esta escritura

académica: en ella encontramos no solo la expresión de profundos cuestionamientos personales sobre la identidad individual (sexual, étnica, racial, de género, política y nacional «dentro/fuera» de la Isla), sino también cierto *compromiso* de la autora ante un objeto de estudio que en nada le es ajeno. En este sentido, la crítica académica de nuestras mujeres indefine, por momentos, sus fronteras con el ensayo de (auto)reflexión identitaria. De ahí que, en muchos casos, resulte estrecha la división que aquí hago entre ambos géneros.

Con sus excelentes artículos sobre la poesía cubana de la diáspora y su recopilación de textos críticos al respecto —*Anales Literarios / Poetas* (1998)—, Yara González Montes es, dentro del llamado «exilio histórico» (el ocurrido en 1959 y al inicio de los años 60), una importante figura en este acápite. Asimismo, Madeline Cámara, Nara Araújo y Adriana Méndez Rodenas se hallan hoy día entre las voces más importantes de la academia cubana interesadas en reinterpretar la literatura y cultura cubanas a partir de los actuales derroteros de la crítica de género. Dentro de estos estudios de género, se destacan también Aralia López González, Elena M. Martínez, Georgina Sabat Rivers y Lilliam Manzor Coats.

Gran parte de los estudios sobre el componente africano de la literatura y cultura cubanas y sobre la relevante obra cuentística y etnológica de Lydia Cabrera, se debe a mujeres. Raquel Romeu, María del Carmen Zielina, Hortensia Ruiz del Vizo, Josefina Inclán (†), Julia Cuervo Hewitt, Rosa Valdés Cruz, Gladys Zaldívar, Hilda Perera, Mercedes Cros Sandoval, Rosario Hiriart e Isabel Castellanos (en colaboración con Jorge Castellanos), entre otras, ofrecen una extensa bibliografía crítica al respecto, la cual ha ido incorporando y registrando Mariela Gutiérrez, desde Waterloo, Canadá, en sus sucesivos libros sobre Cabrera: *Los Cuentos negros de Lydia Cabrera: un estudio morfológico* (1986), *El cosmos de Lydia Cabrera: dioses, animales y hombres* (1991), y *Lydia Cabrera: aproximaciones mítico-simbólicas a su cuentística* (1997). Similar mayoritaria presencia femenina se observa en la crítica a la importante obra narrativa de Hilda Perera: Florinda Álzaga, *Ensayo sobre El sitio de nadie de Hilda Perera* (1975); Alicia Aldaya, *La narrativa de Hilda Perera* (1978); Ellen Lismore Leeder (y Luis Jiménez), eds., *El arte narrativo de Hilda Perera de Cuentos de Apolo a La noche de Ina* (1996), y Rosario Hiriart, ed., *Pasión de la escritura: Hilda Perera* (1998).

Otras investigadoras literarias son Esperanza Figueroa —cuya edición anotada de las *Poesías completas y pequeños poemas en prosa*, de Julián del Casal (1993), es el fruto de más de cuarenta años de dedicación a la obra de Casal—, Mercedes García Tudurí (†), Rosario Rexach, Dolores M. Koch, Eloísa Lezama Lima, Eliana

Solo me es dado presentar aquí, en una suerte de «catálogo razonado», sus manifestaciones y logros en los diferentes géneros literarios y registrar sus numerosas «voces», con la esperanza de que pueda ser de alguna utilidad, más allá de fronteras o limitaciones geográficas, generacionales, ideológicas o, incluso, lingüísticas.

Rivero, Anita Arroyo (†), Rosa M. Cabrera, Zenaida Gutiérrez Vega, Rita Geada, Esther P. Mocega González, Dolores Martí de Cid, Julieta Campos y Raquel Chang Rodríguez, entre las pioneras. A estas se unirán después Uva de Aragón, Nedda G. de Anhalt, Librada Hernández, Mirza L. González, Mireya Robles, Rita Molinero, Ada María Teja, Alina Camacho Gingerich, Lilliam D. Bertot, Carlota Caulfield, Alicia Rodríguez, Esperanza Rubido, Ofelia Martín Hudson, Diana Álvarez Amell, Lilliam Oliva Collmann, Aída L. Heredia, Lucrecia Artalejo, Flora González (también Flora Werner), Ana Roca, María Elena Blanco, Lourdes Tomás Fernández de Castro, Olympia González, Perla Rozencvaig, Grisel Pujalá, Lourdes Gil, María Montes, Morbila Fernández y Aimée González Bolaños.

En los estudios sobre la lengua española —asociada a la literatura y norma cubanas o a la enseñanza del idioma en cualquiera de sus facetas— están Concepción T. Alzola, Beatriz Varela, Alma Flor Ada, Ana Roca, Berta Savariego y Estela García Cabrera; sobre las lenguas africanas habladas en Cuba, los trabajos de Lydia Cabrera; y sobre la lengua sefardita, Berta Savariego. Sobre filosofía han escrito, en colaboración, Mercedes y Rosaura García Tudurí; y sobre historia, Olga Cabrera.

Dos bibliotecarias de la biblioteca Otto Richter de la Universidad de Miami en Coral Gables (Florida), Ana Rosa Núñez (†) y Lesbia Varona, han hecho, también sin cortapisas ideológicas, una ingente labor de rescate y preservación bibliográfica de buena parte de la literatura cubana contemporánea, tanto de creación como de crítica. Núñez, en particular, fue además la editora de la primera antología de poesía exclusivamente de la diáspora, *Poesía en éxodo. El exilio cubano en su poesía: 1959-1969* (1970). Su temprana conciencia de la necesidad de rescatar para el futuro estas primeras voces poéticas de la diáspora es explícita en su prólogo cuando dice: «Movida por el temor a que tanto material humano se pierda en el horizonte de ediciones limitadas en su mayoría, he creído y he sido entusiasmada en este propósito por un número de archiveros del dolor, a recoger la producción poética del exilio cubano».³ Siguiendo estos rescates, Carolina Hospital (en coedición

con Jorge Cantera) recoge en 1996 una muestra históricamente valiosa de literatura en su antología *A Century of Cuban Writers in Florida. Selected Prose and Poetry* (1996).

Fue también Carolina Hospital la encargada de iniciar, con su antología *Cuban-American Writers: Los Atrevidos* (1988), el registro en libro de la primera promoción de autores autodenominados cubano-americanos (ella misma entre ellos), los cuales escriben fundamentalmente en inglés, aunque en varios casos se estrenaron como escritores en español. A esta antología le seguirán *Little Havana Blues: A Cuban-American Literature Anthology* (1996), editada por Delia Poey (en compañía de Virgil Suárez), y el extenso estudio crítico *Cuban-American Literature of Exile* (1998), a cargo de Isabel Álvarez Borland, quien comienza a precisar terminología y grupos afines, ya que, en diferentes publicaciones de los años 80 y los 90, el término «literatura cubano-americana» se usó de forma muy variada, por no decir equivocada. Por ejemplo, en su coedición de *Veinte años de literatura cubano-americana: antología 1962-1982* (1988), Silvia Burunat y Ofelia García utilizan este término para referirse, principalmente, a autores exiliados o emigrados que escriben en español desde los años 60 y/o 70 en los Estados Unidos y que, en muchos casos —apuntaría yo—, se resistirían en lo personal a ser clasificados así. Por su parte, Álvarez Borland propone, con el título de su libro, abarcarlos a todos (hayan llegado de adultos, de adolescentes, de niños, o nacidos en los Estados Unidos de padre y/o madre cubanos; y escriban en español o inglés), pero distinguiendo claramente las fronteras entre escritores cubanos emigrados (Hilda Perera, Juana Rosa Pita, Rita Geada), «los atrevidos Cuban-Americans» (que ella, añadiendo autores que casi exclusivamente escriben en español, prefiere denominar —siguiendo *Life on the Hyphen* (1994), de Gustavo Pérez-Firmat, quien a su vez sigue al sociólogo cubano Rubén Rumbaut— la «generación 1.5»: Carolina Hospital, Lourdes Gil, Maya Islas) y los «Cuban-American ethnic writers» (Achy Obejas, Cristina García). Explica así su distinción entre estos dos últimos grupos: «El factor cronológico de la edad, combinado con la cantidad de tiempo vivido

por estos escritores antes de llegar a los Estados Unidos, produce una literatura de una sensibilidad marcadamente diferente hacia Cuba y los Estados Unidos».

Dos importantes estudiosas de las comunidades cubana y cubano-americana en los Estados Unidos son María Cristina García —*Havana USA: Cuban Exiles and Cuban-Americans in South Florida, 1959-1994* (1996)— y Silvia Pedraza, quien, entre otros artículos, cuenta con «Cuba's Refugees: Manifold Migrations», incluido en su coedición de *Origins and Destinies. Immigration, Race, and Ethnicity in America* (1996). Un importante trabajo documental realiza Lourdes Casal en su edición de *El caso Padilla: literatura y revolución en Cuba* (1971). Destacables también son los trabajos de María Cristina Herrera sobre temas cubanos, así como su edición (en colaboración con Leonel Antonio de la Cuesta) de *Razón y pasión. Veinticinco años de estudios cubanos* (1996).

Periodismo

Varias escritoras de la diáspora se han vinculado al periodismo, por vocación o profesión o por constituir una fuente más de ingreso a la economía doméstica. Con una larga trayectoria en dicho género, aparece Uva de Aragón, vinculada hoy día al *Diario Las Américas* de Miami, en el cual han colaborado también Anita Arroyo (†), Josefina Inclán (†), Rosario Rexach y Rosa Leonor Whitmarsh. Poetas tales como Belkis Cuza Malé, Martha Padilla y Juana Rosa Pita, y académicas como Madeline Cámara han acudido también al periodismo y sendos artículos y crónicas para *El Nuevo Herald* de Miami conformarían ya libros valiosos. Desde *El Nuevo Herald* (donde Gina Montaner también es frecuente colaboradora), y en particular desde su semanario *Galera*, las periodistas Olga Connor, Gloria Leal y Norma Niurka (Acevedo) realizan una labor atenta al suceder cultural cubano de dentro y fuera de la Isla. La poeta María Elena Cruz Varela ha practicado un periodismo fundamentalmente político en periódicos españoles como *ABC*. Otras figuras son Asela Gutiérrez Kann (†), Yvette Leyva Martínez, Dora Amador, Lisette Bustamante y, usualmente en inglés, Ana Veciana Suárez, Fabiola Santiago y Liz Balmaseda —esta última ganadora en dos ocasiones del importante Premio Pulitzer de periodismo estadounidense— en *The Miami Herald*, y Achy Obejas en *The Chicago Tribune*. El periodismo ambiental tiene como representante a Emma Romeu Riaño con su libro *Los dioses tosen: reportajes de medio ambiente: México-Cuba, 1986-1997* (1997). También han practicado este género la poeta Minerva Salado (México), la cantautora Albita Rodríguez (Estados Unidos), y las narradoras Mayra Montero

(Puerto Rico), Claribel Terré Morell (Argentina) y Cristina García (Estados Unidos). En libros o publicaciones periódicas han publicado entrevistas o conversaciones, entre otras autoras, Ruth Behar, Elena M. Martínez, Diana Álvarez Amell, Maricel Mayor Marsán, Nedda G. de Anhalt —*Rojo y naranja sobre rojo* (1991)—, y Mari Paz Martínez Nieto —*Son de Cuba. Conversación con el exilio* (2000).

Ensayo

El ensayo presenta numerosas voces: por ejemplo, Ileana Fuentes Pérez, Florinda Álzaga, Marifeli Pérez Stable, Belkis Cuza Malé, Uva de Aragón, Julieta Campos, Nedda G. de Anhalt, Om Ulloa, Martha Padilla, Velia Cecilia Bobes y Lourdes Tomás Fernández de Castro, cuyo *Espacio sin fronteras* (1998), escrito en los Estados Unidos, bien puede leerse como una brillante respuesta cubana (y latinoamericana) a los estudios literarios académicos realizados en ese país.

Como ocurre con la crítica académica, el ensayo —género hoy día formalmente maleable y temáticamente abarcador— muestra una amplia gama de textos híbridos en los que la indagación introspectiva de las autoras en torno a los más diversos temas, entre ellos la identidad colectiva o individual (sexual, étnica, racial, de género, política y nacional «dentro/fuera»), las lleva a mezclar en un mismo discurso, desatendiendo toda artificial frontera generica, no solo la crítica académica y el ensayo de (auto)reflexión, sino también el testimonio, la memoria, la (auto)biografía, la narrativa personal y hasta la epístola. Trabajan así, entre otras, autoras tales como Eliana Rivero, Lourdes Gil, María de los Ángeles Torres, Olivia M. Espín, Achy Obejas, Ana Veciana Suárez y la judío-cubano-americana Ruth Behar, cuya edición de *Bridges to Cuba / Puentes a Cuba* (1995) resulta ser representativa de esta confluencia generica. Siguiendo esta línea, se halla la recopilación *ReMembering Cuba. Legacy of a Diaspora* (2001), de Andrea O'Reilly Herrera.

Memoria/testimonio/biografía

Claramente dentro de este acápite se hallan, en los años 90, Alma Flor Ada, quien dirige sus memorias al lector infante-juvenil en *Where the Flame Trees Bloom* (1994, trad. Rosa Zubizarreta) y *Under the Royal Palms: A Childhood in Cuba / Bajo las palmas reales: una infancia cubana* (1998 / 2000), Eloísa Lezama Lima con *Una familia habanera* (1998), María del Carmen Boza con *Scattering the Ashes* (1998), Wendy Gimbel con *Havana*

Dreams: A Story of Cuba (1998), Ana Margarita Martínez y Diana Montané con *Estrecho de traición* (1999) y Carmen Vázquez Fernández con *Balseros cubanos* (1999), entre otras. Mireya Robles, Ester Rebeca Shapiro Rok, Coco Fusco, Berta Savariego, Himilce Novas y Flora González han incursionado también en estos géneros.

Un testimonio colectivo que resulta ser representativo de cierta juventud cubano-americana de los años 70 puede hallarse en *Contra viento y marea: Grupo Aréto*, ganador del Premio Extraordinario «La Juventud en Nuestra América», de Casa de las Américas, en 1978. Coeditado por Lourdes Casal y Margarita Lejarza, entre otros, este libro recoge los testimonios particulares de Casal, Marifeli Pérez Stable y Adriana Méndez Rodenas, cuyo ensayo/memoria posterior, «Metamorfosis de una mariposa»,⁴ puede ser útil para conocer y entender la evolución de algunos miembros de ese grupo veinte años después.

Epístola

Como nota aparte, imagino que en el género epistolar pueda haber entre las mujeres, por las difíciles circunstancias de comunicación vividas por las familias cubanas, especialmente desde los años 60 hasta los 80, una interesante producción aún no publicada ni explorada satisfactoriamente. Una muestra parcial de ello, por no recoger sus propias cartas, fue la edición de Eloísa Lezama Lima de las *Cartas (1939-1976)* (1979) de su hermano José Lezama Lima, quien residió en Cuba hasta su muerte en 1976.

La ya comentada imposible frontera entre las diversas escrituras personales se confirma de nuevo con *Cuba: el abrazo imposible. Cartas a Alde* (1995), de Mari Paz Martínez Nieto. Para escribir sus memorias, escoge la forma de la epístola. Así lo afirma la autora en su primera carta a Alde: buscando el modo de «escribir mis experiencias de vida y trabajo en la lucha por las libertades ajenas», opta por mantener, «como hemos hecho en estos años, un diálogo continuo a través de nuestras cartas».⁵

Novela/novela corta

La novela ha sido un género que, desde los años 90, ha comenzado a mostrar la presencia femenina con mayor constancia y éxito editorial y crítico, debido, entre otros factores extraliterarios, a la emigración de Daína Chaviano, Chely Lima y Zoe Valdés, la entrada en escena de Yanitzia Canetti, la continua excelente producción de Mayra Montero, y el auge de las cubano-americanas

Cristina García, Achy Obejas y Ana Veciana Suárez. Pero estas no deben impedirnos ver la extensa y valiosa obra de Hilda Perera, quien tras su primera novela, *Mañana es 26*, publicada en Cuba en 1960, se ha mantenido activa desde su salida en 1964. Entre sus novelas emblemáticas de la circunstancia posterior a 1959, se hallan *El sitio de nadie* (1972) —un clásico dentro de la novela cubana de aquellos años—, *Felices Pascuas* (1977) —una de las primeras y más logradas indagaciones narrativas de la cotidianidad familiar cubano-miamense— y *Plantado* (1981), novela pionera en Cuba dentro de su temática testimonial.

Nivaria Tejera (publicando últimamente en francés), Julieta Campos y Mireya Robles también se destacan como novelistas desde antes del llamado *boom* cubano de los años 90. Por su larga residencia en la ciudad de México, Campos suele ser estudiada dentro del espacio literario mexicano. De igual forma, Montero suele ser insertada en el espacio puertorriqueño, cuando no caribeño en general. Otras voces dentro de este género son Claribel Terré Morell, en Argentina; Karla Suárez, en Italia; Anita Arroyo (†) en Puerto Rico; Georgina Fernández y Aralia López González, en México; Beatriz Bernal y Marcia Morgado, en España; Rosario Rexach, Olga Rosado, Carolina Hospital, Beatriz Rivera, Margarita Engle, Andrea O'Reilly Herrera, Ivonne Lamazares, Aimée Thurlo (seudónimos: Aimée Duvall y Aimée Martell), Raquel Puig Zaldívar, Berta Savariego, Himilce Novas, Teresa Bevin y Betty Heisler Samuels, en los Estados Unidos.

Como parte de la actual novela detectivesca cubana (a saber, Leonardo Padura y Ernesto Morales Alpizar) desde los años 90 se encuentra, escrita en inglés, la prolífica saga «sangrienta» de Lupe Solano, detective cubano-americana creada por la ex investigadora privada Carolina García Aguilera —*Bloody Waters* (1996), *Bloody Shame* (1997) y *Bloody Secrets* (1998)—, y la serie de Ella Clah, agente navaja del FBI, creada por Aimée Thurlo y su esposo David Thurlo —*Death Walker* (1996), *Bad Medicine* (1997) y *Enemy Way* (1998).

Cuento/relato

El cuento/relato aparece representado, entre otras, por Nedda G. de Anhalt, Achy Obejas, Sonia Rivera Valdés, Lourdes Casal (†), Ofelia Martín Hudson, Julieta Campos, Ana Alomá Velilla, Asela Gutiérrez Kann (†), Anita Arroyo (†), Olga Rosado, Beatriz Rivera, Teresa Bevin, Mireya Robles, Claribel Terré Morell, Uva de Aragón —cuyo «Round trip» en *No puedo más y otros cuentos* (1984) podría verse como emblemático de la relación familiar Isla/diáspora—, Zoe Valdés y Lourdes

Este panorama general, plagado de nombres, ha sido pensado no solo como una invitación a la lectura individual de las autoras, sino también —en su exceso informativo— como un alerta o llamado a aquellos estudiosos y estudiosas de la literatura cubana que, por una u otra razón, suelen desatender la producción de las mujeres.

Tomás Fernández de Castro, cuyo cuento «La recuperada», en *Las dos caras de D* (1985) presenta una profunda interpretación del mundo miamense de entonces. Una voz fundamental le da peculiar prestigio a este género fuera de Cuba: Lydia Cabrera (†). Iniciada en Francia en 1936, con *Contes nègres de Cuba*, su obra cuentística, junto con sus ensayos etnológicos, siguió creciendo en la emigración hasta su muerte, en 1991: *Ayapá: cuentos de jicotea* (1971) y *Cuentos para adultos, niños y retrasados mentales* (1983).

Teatro

Aunque figuras como Teresa María Rojas, Ana Margarita Martínez Casado, Magali Alabau, Myriam Acevedo, Laura Zerra e Ileana Diéguez Caballero destaquen como actrices, teatrólogas, profesoras de drama y/o directoras, no existe una cuantiosa producción dramática escrita por mujeres, lo cual ocurre también dentro de la Isla. Dos autoras de especial relieve y obra continua son María Irene Fornés y Dolores Prida. «Dueña —afirma Pedro Monge Rafuls—, de una importante obra experimental en el teatro angloamericano y una de las fundadoras del importante movimiento off-Broadway neoyorquino», Fornés ha obtenido, en numerosas ocasiones a partir de 1965, el importante premio Obie por su labor como directora y/o escritora de piezas dramáticas y musicales; con *Balseros* ha incursionado además en la ópera. Prida, por su parte, muestra en su teatro problemas generales propios de las diversas minorías étnicas (hispanos, negros, etc.) residentes en el área de Nueva York, así como temas concernientes a la condición bicultural de la mujer *latina* en los Estados Unidos. Sobre este último aspecto es emblemática su pieza *Coser y cantar* (1991). Como dramaturgas que han estrenado y/o publicado sus obras se destacan también Ana María Simo, Rosa Caparrós, Rosa Lowinger, Carmen Peláez, Mary A. Calleiro, Carmen Duarte, July de Grandy, Ileana González Monserrat, Ofelia S. Fox, Rosa Sánchez, Yolanda Ortal Miranda y Carmelita Tropicana. Uva de Aragón y Julieta

Campos, por lo general relacionadas con otros géneros literarios, también han publicado teatro.

Literatura para niños y adolescentes

Esta resulta ser una producción desarrollada en muy buena medida por las mujeres (entre los hombres, Elías Miguel Muñoz ha comenzado una labor destacable). Pionera aquí es, de nuevo, Hilda Perera, quien desde la publicación en Cuba de sus *Cuentos de Apolo*, en 1947, ha venido desarrollando una extensa e internacionalmente reconocida labor en este género, tanto en cuento como en novela. También es una voz establecida, desde hace décadas, Alma Flor Ada, en cuento, poesía, traducción y memoria para niños y jóvenes. Siguiendo estos pasos en la narrativa están Daína Chaviano, Zoe Valdés y Emma Romeu Riaño, quien suma a las preocupaciones ecológicas su saga de Gregorio: *Gregorio y el mar* (1996), *Gregorio vuelve a México* (1998), *Gregorio y el pirata* (1999) y *A Mississippi por el mar: nuevas aventuras de Gregorio* (1999). También han incursionado en esta modalidad, en prosa o verso, Nieves del Rosario Márquez, Julieta Campos, Raquel Puig Zaldívar, Edith Llerena, Arminda Valdés Ginebra y Lourdes Gómez Franca. Ana Rosa Núñez editó en 1985 una *Antología de poesía infantil* y Olimpia González recogió para el lector joven varias leyendas tradicionales cubanas en *Leyendas cubanas: A Collection of Cuban Legends* (1997). En el teatro para niños está Nena Acevedo. Practicando varios géneros encontramos aquí, además, a Yanitzia Canetti (poesía, teatro, cuento), Anita Arroyo (teatro, cuento) y Estela García Cabrera (cuento, poesía).

Guión/libreto

Teniendo en cuenta que autores como Manuel Puig y Senel Paz han publicado sus guiones de cine en espacios dedicados tradicionalmente a la literatura, me permito incluir aquí a dos cubanas escritoras de telenovelas: Marcia del Río y Delia Fiallo, quien desde

su salida de Cuba en 1966 goza de gran renombre dentro de la televisión latinoamericana e hispano-estadounidense. Guionistas o libretistas de cine, radio o televisión han sido también la poeta Mariana Torres, las narradoras Zoe Valdés y Chely Lima, la cineasta Mari Rodríguez Ichaso y las dramaturgas Rosa Caparrós, Dolores Prida y Yolanda Ortal Miranda.

Traducción

Aquí se destacan Julieta Campos; Dolores M. Koch, con sus traducciones al inglés de varias obras de Reinaldo Arenas; María Elena Blanco, con traducciones al español de poesía francesa y austriaca; Dolores Prida con su excelente traducción de la novela *Yo!* de la dominicano-americana Julia Álvarez, y María Irene Fornés con su controversial adaptación y traducción al inglés de *Aire frío* de Virgilio Piñera, estrenada bajo su dirección en el teatro INTAR de Nueva York, el 27 de marzo de 1985, y publicada en 1986.

Temáticas especiales en distintos géneros

Temática judía

Junto al híbrido trabajo ensayístico y académico de Ruth Behar sobre la identidad judío-cubano-estadounidense, se encuentran el estudio etnográfico *Cuban-Jewish Journeys: Searching for Identity, Home and History in Miami* (2000), de Caroline Bettinger López y la novela autobiográfica *The Last Minyan in Havana* (2000), de Betty Heisler Samuels. Una pionera en esta temática es, junto con José Kozer en poesía, Berta Savariego, de ascendencia judío-sefardita, con su libro, genéricamente híbrido, *La «mandolina» y otros cuentos: cuentos y cantos sefarditas* (1988), mezcla de memoria personal y familiar con narrativa y lírica oral de la comunidad judío-sefardita cubana. Se deben a Savariego también las traducciones poéticas *Vida y cultura sefardita en los poemas de «La Vara»: del ladino al español* (1987), en colaboración con José Sánchez Boudy.

Temática lesbiana

La temática lesbiana puede hallarse, fundamentalmente, en la poesía de Magali Alabau, Alina Galliano, Eliana Rivero, Aleida Rodríguez e Isel Rivero, en la narrativa de Achy Obejas y Mireya Robles, y en los trabajos críticos de Elena M. Martínez, entre otras autoras. En particular, Carmelita Tropicana, en colaboración con

Uzi Parnes, desarrolla hoy día, desde los espacios alternativos del *off Broadway* neoyorquino, un teatro agresivamente grotesco que parodia, mientras utiliza y por lo tanto reafirma, los más estereotípicos lugares comunes de la identidad cubana o cubano-americana y de la condición lesbiana al estilo estadounidense.

Revistas literarias o culturales

Entre las revistas y tabloides literarios, o culturales en general, dirigidos por mujeres encontramos los siguientes: *Románica* (editoras Lourdes Gil e Irida Iturralde, Nueva York, 1976-1979), *Cuadernos de Poesía, Palabras y Papel* (ed. Maya Islas, Nueva York, 1981-1989), *El Gato Tuerto* (ed. Carlota Caulfield, San Francisco, 1984-1990), *Mariel* (2ª época; eds. Marcia Morgado y Lydia Cabrera, Miami, 1986-1987), *Lyra* (eds. Lourdes Gil e Irida Iturralde, Guttenberg, Nueva Jersey, 1987-1989), *Horizontes* (ed. Estela García Cabrera, desde 1995, Ponce, Puerto Rico) y la veterana *Linden Lane Magazine* (coed. y después ed. Belkis Cuza Malé, Princeton/Forth Worth, activa desde 1982).

En el cyberespacio actual se hallan *Calibán* (ed. Mary Montes, París, activa desde 1998; www.artecuba.com), *Corner* (ed. Carlota Caulfield, Oakland, California, activa desde 1998; www.cornermag.org) y *Baquiana* (ed. Maricel Mayor Marsán, Miami, activa desde 1999; www.baquiana.net, también en versión anual impresa).

En 1968 ve la luz, en Nueva York, de forma efímera, *La Nueva Sangre*, con Dolores Prida y Mercedes Cortázar entre sus editores. Lourdes Casal dirigió, también desde Nueva York, la revista *Areíto*, la cual pasó luego a Miami hasta su desaparición a inicios de los 80. Aleida Rodríguez dirigió *Rara Avis Magazine*, en Los Ángeles, a fines de los años 70. Julieta Campos dirigió por un tiempo la *Revista de la Universidad de México*. Lourdes Gil fungió como editora invitada del número «Escritores cubanos en los EE.UU. / Cuban Writers in the US», de la revista *Briújula/Compass*.⁶

Anoto aquí ahora un dato curioso: en las publicaciones y reconocimientos literarios de la Isla, las escritoras de la diáspora han significado un primer puente de acercamiento entre los espacios «dentro» y «fuera». Además del mencionado Premio al libro colectivo *Contra viento y marea*, en tres ocasiones posteriores el Premio Casa de las Américas ha recaído en escritoras de la diáspora: ellas son Lourdes Casal por *Palabras juntan Revolución* (Premio Poesía, 1980), Sonia Rivera Valdés por *Las historias prohibidas de Marta Veneranda* (Premio Extraordinario de Literatura Hispana en los Estados Unidos, 1997) y Lourdes Tomás Fernández de Castro por *Espacio sin fronteras* (Premio Ensayo, 1998).

Esos rostros, esos brazos

Concluyo confesando que este panorama general, plagado de nombres, ha sido pensado no solo como una invitación a la lectura individual de las autoras, sino también —en su exceso informativo— como un alerta o llamado a aquellos estudiosos y estudiosas de la literatura cubana que, por una u otra razón, suelen desatender la producción de las mujeres en sus ponencias, antologías e historias literarias, o que, interesados/as por una autora de reciente aparición en la diáspora cubana, pasan por alto, al generalizar, períodos de un proceso escritural que se ha mantenido activo desde 1959. En estos tiempos de necesaria reconstrucción de *todos* los fragmentos de nuestra cultura dispersos por el tiempo, por el mundo y hasta por la Isla; tiempos en que se oyen y publican, cada vez más, en Cuba las voces de quienes han hecho o continuado su obra fuera del país, no sería justo que las escritoras de una diáspora comenzada hace más de cuarenta años —escritoras que tanto han luchado como mujeres, como cubanas y como artistas para que dicha diáspora física no signifique la dispersión del ser individual, familiar y nacional— tuvieran que esperar más tiempo del que ya ha pasado para ser conocidas y, sobre todo, estudiadas. Ahora que sabemos sus nombres propios, que sabemos donde están esos *rostros* y *brazos* a que se refieren los versos de Carilda citados al inicio de este trabajo, nos queda solo evitar la *confusión*, actuando de manera creativa y lúcida sobre lo sabido, y trabajar libremente.⁷

Notas

1. Excepciones de esto son las siguientes autoras: Julieta Campos, reside en México desde 1954; María Irene Fornés, sale de Cuba en 1945; Mireya Robles, llega a los Estados Unidos en 1957; Aralia López, vive en México desde la década de los 40; Alma Flor Ada, vivió fuera de Cuba desde antes de 1959; Nara Araújo, comparte su tiempo entre la ciudad de México y La Habana; y Lourdes Casal, tras su salida, en 1961, regresa a vivir en la Isla en 1979 y muere allí, en 1981.
2. Por esta razón no incluyo, entre otras, a la poeta Emilia Bernal: tras su última salida de Cuba después de 1959, Bernal no añadió ninguna nueva publicación a su obra. Muere en 1964, en Miami.
3. Ana Rosa Núñez, ed., *Poesía en éxodo. El exilio cubano en su poesía: 1959-1969*, Ediciones Universal, Miami, 1970.
4. Revista *Encuentro de la Cultura Cubana*, nn. 8-9, Madrid, 1998, pp. 172-84.
5. Mari Paz Martínez Nieto, *Cuba, el abrazo imposible. Cartas a Alde Betania*, Madrid, 1995.
6. Revista *Briújula / Compass*, n. 19, Bronx, Nueva York, 1994.
7. Por la información que me facilitaron y/o confirmaron para este trabajo, les doy particulares gracias aquí a las bibliotecarias Molly Molloy y Lesbia Varona, y a los escritores Pío Serrano, Uva de Aragón, Pedro Monge Rafuls, Madeline Cámara, Juana Rosa Pita, Maricel Mayor Marsán, Yara González Montes, Odette Alonso Yodú, Francisco Morán, Francisco Soto y Alejandro González Acosta. Las traducciones son mías.

© ~~TRINIDAD~~, 2003.